

" E L A V A R O "

---

(Comedia en tres actos)

De Daniel Barros Grez

Personas:

DON PEDRO	(El Avaro)
DON JUAN	(Hermano de Don Pedro)
IRENE	(Hija de Don Juan)
ANTONIA	(Antigua amante de Don Pedro)
JORGE	(Hijo de Antonia y Don Pedro)
SEBASTIAN	(Hermano de Antonia)

-----

La escena pasa en Santiago, en casa de  
Don Pedro.

-----

The first part of the document  
 discusses the general principles  
 of the proposed system.

The second part of the document  
 describes the detailed structure  
 of the system.

The third part of the document  
 discusses the implementation  
 of the system.

ACTO PRIMERO.- El lugar de la escena es una sa la grande dividida en dos departamentos por me dio de un biombo paralelo a la visual del es-  
pectador. En el departamento de la izquierda del espectador, que hace de sala, habrá una puerta en el fondo, que cae al gran patio exte rior de la casa, y otra al lado contrario al biombo, que da paso a piezas interiores. En el departamento de la derecha (que es menor) se verá una puertecita, que cae al patio antedi-  
cho, y otra al lado, que conduce a la tienda de Don Pedro. La casa es de esquina entre las calles del frente y de la derecha del especta-  
dor, y la tienda estará en la esquina. La sala principal estará pobremente amueblada, con una ester a de paja, una mesita cubierta con un man tel sucio, un escaño de madera blanca; dos o tres sillas de paja y un gran escaparate con-  
tra el biombo. En el otro departamento habrá u na cama estrecha sobre un catre de tijera, un

gran baúl sobre banquillos, una caja de fierro, y en una esquina, una alhacena en la pared. Se verá una taza de lavatorio sobre un cajón de mercaderías, con un jarro desorejado en el suelo. El cielo de la pieza estará cubierto con género blanco, manchado por las goteras; roto en varias partes, y desclavado en uno de los ángulos del dormitorio. De las paredes blanqueadas con cal, penderán algunas estampas de santos, y una percha de colgar ropa, en el dormitorio, cubierta con una cortina de quimón pintarrajeado, tras de la cual estará además la caja secreta de Don Pedro.

-----  
ESCENA PRIMERA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- (SALE POR LA PUERTA DE LA DERECHA DEL ESPECTADOR, TRAYENDO, EN UN PAÑUELO, UN ATADO DE DINERO, QUE VACIA SOBRE LA MESA. ES LA HORA DEL CREPUSCULO DE LA TARDE) ¡Bueno va el negocio; Ah; ¡Y la puerta abierta; (CIERRA Y A

TRANCA LA PUERTA DEL FONDO, Y ENCIENDE UNA VELA DE SEBO) Nunca es bueno contar la plata en público; y en los tiempos que corren, conviene ser precavido... .. Uno, dos, tres... ¡Más precavido; cuatro, cinco... A mí me gusta la cuenta de la vieja: peso por peso... seis, siete, ocho... Este real no parece de ley. (LO EXAMINA ATENTAMENTE) Sí, señor; es de cobre... ¡Cuándo aprenderá este muchacho a conocer la plata falsa; Lo dejaremos a un lado... Nueve, diez... Y tenemos un diez... Este condorito es otro diez... Y aquí hay dos, tres, cuatro, cinco... Y son veinticinco... El talego completo. (ECHANDO EL DINERO EN UN TALEGUILLO) ¡Qué venta tan espléndida; Y esto que falta todavía la noche; Dios me ha venido a ver, desde que tengo a este muchacho de dependiente. ¡Es una alhaja; Atento, servicial, de buen modo con los parroquianos, y sobre todo tan económico, que esta sola recomendación basta para quererlo.

Porque yo tengo para mí que la economía es la madre de todas las virtudes; y no doy tres nueces vanas por esos hombres sin juicio, que no saben estimar lo que tienen, es decir, que no saben estimarse a sí mismos... porque ¿qué otra cosa soy yo sino lo que tengo, desde que, si nada tengo, nada soy? Veamos ahora lo que queda en este otro restito, uno, dos, tres pesos, dos reales y un cuartillo y una mitad... Vaya; Y aquí hay un medio que le falta todo el cordón; (DANDO ALGUNOS PASOS HACIA LA DERECHA) ¡Jorge! ¡Jorge! ¡Qué muchacho! Merece una peluca. (VUELVE A LA MESA) ¡Y dejaba el talego solo; Yo debo estar loco, cuando me olvidaba de guardarlo. (TOMA EL TALEGO, Y SE DIRIGE A LA PERCHA. ABRE LA CORTINA; ABRE UNA PUERTECILLA QUE ESTA EN LA PARED, TRAS DE LA ROPA ALLI COLGADA; Y A TIEMPO DE METER EL SACO EN LA CAJA, APARECE JORGE POR LA PUERTA DE LA DERECHA).

ESCENA SEGUNDA.- DON PEDRO - JORGE.

JORGE.- Señor;

DON PEDRO.- ¿Qué es esto? (DEJA CAER LA CORTINA) ¡Badulaque! Con que también tú me espías?

JORGE.- He oído que usted me llamaba...

DON PEDRO.- Y has dejado la tienda sola...

JORGE.- Quedó allí el chiquillo, señor.

DON PEDRO.- Sí; el chiquillo. ¡Bueno es el chiquillo para cuidar aquello;... Véte a tu obligación... Pero, vuelve acá, y oye. Se me olvidaba decirte una vez por todas, que abras los ojos y despables el seso, pues de otro modo, acabarás por arruinarme.

JORGE.- ¿Yo, señor?

DON PEDRO.- Sí; Tú; ¿No ves? (LE MUESTRA LAS MONEDAS DESECHADAS) Aquí tienes un real de cobre y un medio gastado, que has recibido hoy... El otro día te pasaron por el aro, dándote una peseta de estaño. ¡Jorge; esto es no cumplir bien con su obligación; esto es arruinar al pa

trón...

JORGE.- Señor don Pedro, fíjese usted en que es imposible evitar del todo el que a uno le pasen monedas malas, mayormente de noche... y hasta de día, a veces, pues, como la tienda es tan oscura...

DON PEDRO.- ¿Y cómo la hemos de aclarar?

JORGE.- Abriendo una ventana, al lado del norte.

DON PEDRO.- Es decir, gastando dinero... Como tú no lo pagas... Abrir el portillo es nada, pero luego viene la reja de fierro, y en seguida, las puertas de madera, y después, los vidrios, y después... ¿Te parece que estoy tan rico, para meterme en esos gastos? No, hijo: así tuvo la esquina mi padre; así hizo en ella un capit<sup>u</sup>lito, sin que nadie le pasara plata falsa, y así estará hasta que Dios me eche la tierra encima. No es luz lo que falta, sino celo y actividad. Abre el ojo hijo mío, porque el que pestañea pierde...

JORGE.- Señor, por más que uno abra los ojos, no puede verlo todo, pues una sola vela de sebo no basta para...

DON PEDRO.- ¡Otra te pego; ¿Con que te parece razonable tener la tienda alumbrada como una iglesia? Se iría todo en ver, y nos quedaríamos a buenas noches. Deja esas malas ideas, pues te repito que, sin economía, no hay negocio que medre. Abre el ojo; abre el ojo, Jorge, porque sino, me arruinarás.

JORGE.- En cuanto a eso, señor, yo pagaré con el sueldo, reponiendo en caja la plata que reciba por equivocación.

DON PEDRO.- Oh; Eres un buen muchacho, y se conoce que tiene un alma bien puesta, cuando dices una cosa tan justa... Pagarás con tu sueldo este realito y medio y toda la plata falsa que recibas... Ahora toma estas monedas para que las claves en el mostrador, a fin de que los señores compradores se fijen... Pero, no hi

jo mío: así perderías tú esta platita; y mejor será que yo se la pase a alguno de los que me vienen a pedir dinero a interés... Si me la repugnan, entonces me la pagarás tú, pues, de alguien he de recobrar lo que se me debe... Eres un buen muchacho; y para que veas que tengo confianza en tí, ponme este taleguito en la caja. (LE DA UNA LLAVE, MOSTRANDOLE LA CAJA DE FIERRO, Y JORGE GUARDA EL TALEGO) Ya ves, Jorge, como te hago dueño de mis secretos.... Pon el talego en la tabla del medio... Ve que pobre está la caja, hijo mío... ;Y quieres que gastemos en velas y en ventanas; Ahora vete a la tienda; y vivo el ojo; porque no todos vienen a comprar. (VASE JORGE)

ESCENA TERCERA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- Es un corazón de oro el de este niño; Ha nacido con el sentimiento de la justicia. ;Vean no más; Al momento se le ocurrió pagar con su propio sueldo. Yo haré que no pier-

da este real y medio... Tengo el presentimien-  
to de que a mi lado hará fortuna, porque lo he  
enseñado a guardar, que es la gran ciencia para  
ra enriquecerse, digan lo que quieran. Y a pro-  
pósito de guardar, bueno será que el taleguito  
no quede aquí. (ABRE LA CAJA, Y SACA EL TALE-  
GO) Aquí no estás seguro, hijo mío. (LE DA PAL-  
MADITAS DE CARIÑO) Esta caja es solo para deso-  
rientar a los curiosos... Yo les digo que aquí  
guardo mi dinero, a fin de que, si alguien tie-  
ne la idea de venir a robarme, lo que Dios no  
permita... ¡Ah! La sola idea me horripila!...  
Pero si vinieran y abrieran esta caja, se lle-  
rían talegos llenos de concha... La platita es  
tá en otra parte... (LE ECHA LLAVE A LA PUERTA  
DE LA DERECHA) ¡Ah! Ladroncitos, ladroncitos!  
No está el huevo en donde cacarea la gallina!  
(PASANDO LA MANO POR SOBRE EL TALEGO, Y ENCAMI-  
NANDOSE A LA PERCHA) Venga hijito, a juntarse  
con sus hermanos. (ABRE LA CORTINA, Y ABRE LA

CAJA SECRETA) ¡Aquí están! Todos son hijos de un mismo padre. Aquí están mis fatigas, mis sudores, mis sustos, mis dolores de todo género; (PALPANDO CON LAS MANOS LOS TALEGOS) Ustedes son, hijos míos, la sangre de mis venas, las esperanzas de mi alma, el apoyo de mi vejez. El pan negro que como me sabe deliciosamente, cuando lo masco acordándome de ustedes, porque e se recuerdo me convence de que tengo con que comprar pan blanco. Esto es mejor que comer tortas de azúcar, con la conciencia de que mañana no habrá con que comprarlas... ¿Qué haría yo, solo, sin amigos, mirado de reojo por todo el mundo, rodeado de gentes dispuestas siempre a pedir, y nunca a dar?... La certeza que me a siste de que nadie me arrebatará mi tesoro for tifica mi espíritu... ¿Y quién será bastante o sado para venir a... ¡No! No quiero pensarlo... Pero, por más que hago, no puedo echar de mí este miedo que... (GOLPEAN LA PUERTA DE LA SALA

QUE DA AL PATIO) ¡Ah! Ladrones! Ladrones! Jorge; (TRATA DE GUARDAR EL TALEGO, Y SE LE CAE DE LAS MANOS) ¡Jesús! ¡Yo tiemblo! ¡Jorge! Jorge; (EMPELLONES EN LA PUERTA DEL PATIO) ¡Oh! Echarán la puerta abajo, y... (JORGE HABLA DESDE DENTRO, GOLPEANDO LA PUERTA DE LA DERECHA) JORGE.- ¡Aquí estoy, señor!

DON PEDRO.- ¡Ah! Eres Jorge! Ladrones en el patio! ¡Corre! ¡Corre! (CONCLUYE DE GUARDAR; CIERRA LA CAJA, Y SE VA A LA SALA) ¡Antonio! José! tomen sus armas, y corran al patio; Nicolás con Cipriano se quedarán en la puerta de calle para cortarles la retirada... (APARTE: Así creerán que hay bastante gente en casa) ¡Rufino! trae el trabuco grande! (PONIENDO NUEVAS TRANCAS A LA PUERTA) Y tu Pancho, afirma bien la tranca, mientras preparo el fusil; (APARTE: Y es lo peor que no tengo arma ninguna!)

ESCENA CUARTA.- DON PEDRO - JORGE - DON JUAN - AFUERA. PUERTA SIGUE ATRANCADA.

JORGE.- Señor; Abra usted;

DON PEDRO.- ¿Eres Jorge?

JORGE.- Sí, señor... Está aquí un caballero  
que...

DON PEDRO.- ¿Un caballero?

JORGE.- Sí, señor.

DON PEDRO.- ¿Estás seguro de ello?

DON JUAN.- Pedro; Soy yo; ¡Abre la puerta;

DON PEDRO.- ¿Y quién eres tú para venir a man-  
darme en mi propia casa?

DON JUAN.- Abre te digo. ¡Con mil diablos; ¿No  
me conoces por la voz? Soy tu hermano Juan.

DON PEDRO.- ¿Piensas engañarme? Mi hermano es-  
tá en el Perú.

DON JUAN.- Ahora estoy en Chile; Si no me abres  
echo la puerta abajo;

DON PEDRO.- (APARTE) En verdad que esta es la  
voz de mi hermano... pero ¿No podrían haber to-  
mado los ladrones la voz de Juan para sorpren-  
derme? (EMPELLONES MAS FUERTES CONTRA LA PUER-

TA) Aguarda, hombre;... Oye Jorge; Acerca tu o  
reja aquí a la boca llave... Díme: ¿Es mi her-  
mano Juan ese hombre?

JORGE.- No lo sé, señor, porque no conozco a  
Don Juan.

DON JUAN.- ¡Ya se me acabó la paciencia; (DA  
UN FUERTE EMPELLON A LA PUERTA, Y SALTA LA CHA  
PA).

DON PEDRO.- No entraréis, miserables, sino pa-  
sando por mi cadáver; (ENARBOLA LA TRANCA QUE  
TIENE EN LA MANO) ¡Atrás; Me pagarás con cha-  
pa, todo...;

ESCENA QUINTA.- LOS MISMOS, EN LA ESCENA.

DON JUAN.- ¡Pedro; ¿Estás loco, hermano mío?

DON PEDRO.- ¿Yo loco, porque defiendo lo mío?  
¿Y tú?

DON JUAN.- Muy bueno de salud. ¿No me conoces,  
hombre? ¿Así se usa ahora en Chile recibir a  
los hermanos?

DON PEDRO.- Ahora veo que eres mi hermano Juan;

pero como no sabía que estuvieses en Chile...

DON JUAN.- Acabo de llegar de Valparaíso... Ven go de Lima; y mi primera visita ha sido para tí.

DON PEDRO.- Muchas gracias, hermano... Siéntate; que yo también he menester sentarme, después del susto que me has dado... Dime: ¿Se usa por acaso en el Perú esto de llegar así de golpe y zumbido, tomando como por asalto las casas, sin la venia de sus dueños?

DON JUAN.- (RIENDO) Algo hay de todo eso, hermano mío; y bien puedo decírtelo yo, que he sido soldado en el Perú.

DON PEDRO.- Ahora no lo extraño. (A JORGE) Vete a la tienda; y si no vienen compradores, cierra y traeme la llave, porque no es bueno gastar luz en balde... Hasta el toque de ánimas ¿entiendes?

JORGE.- Sí, señor. (VASE).

ESCENA SEXTA. - DON PEDRO - DON JUAN.

DON JUAN.- Según veo, tú has seguido el mismo negocio de nuestro padre.

DON PEDRO.- El mismo, con la diferencia de que no alcanzo a hacer ni la mitad, porque los tiempos van de mal en peor.

DON JUAN.- Al pasar por la esquina, he visto la misma puerta verde con el mismo mostrador amarillo y la misma vela de sebo sobre aquel candelero de cobre, tal como la dejé ahora veinte años.

DON PEDRO.- Así es, hombre: nada he mudado, ni nada cambiaré, porque yo soy muy conservador.

DON JUAN.- Tenía deseos de ver nuestra antigua morada... No han pasado años por ella... Esta era la cuadra; y solo echo de menos la tarima del estrado de nuestra buena madre, en donde ella nos hacía rezar aquellos tremendos rosarios con letanías, estaciones, credos y salves... Era el único defecto que tenía la Santa señora.

DON PEDRO.- Pues, hombre, yo los rezo todavía.

DON JUAN.- No puedo yo decir otro tanto... Estos son los mismos taburetes; y a fé que no se han ablandado, con la vejez... Ahí están aquellos santos milagrosos, de mi madre. Solo encuentro de más, este biombo.

DON PEDRO.- Lo compré a lance, para poner mi cama ahí detrás, pues como las demás cuartos no están en buen estado, me he reducido a esta pieza.

DON JUAN.- Por lo visto, no te has casado, Pedro.

DON PEDRO.- (SUSPIRANDO) Yo no estoy para estos lujos... ¿Y tú?

DON JUAN.- Yo me casé, en cuanto llegué a Lima.

DON PEDRO.- Con alguna niña rica, eh?

DON JUAN.- Era pobre.

DON PEDRO.- ¡Mal hecho, Juan! El matrimonio es negocio de lujo; y es preciso que la mujer ayude a pagar los gastos.

DON JUAN.- Ya la cosa no tiene remedio. Era hija de un caballero que había sido rico; pero que a la fecha, estaba ya medio arruinado por el juego.

DON PEDRO.- Peor que peor, pues así dabas con una mujer que tenía las necesidades de rica, sin el dinero para satisfacerlas.

DON JUAN.- Yo visitaba la casa; y allí se jugaba mucho... tú recordarás que yo llevé de aquí unos once mil pesos y tantos.

DON PEDRO.- Sí, me acuerdo. Cuando nos partimos de la herencia que nos dejó nuestro padre, tú preferiste tomar tu haber en dinero, y yo me quedé con la casa y el negocito...

ESCENA SEPTIMA.- DICHOS - JORGE.

JORGE.- Aquí está la llave, señor. (ENTREGA A DON PEDRO LA LLAVE DE LA TIENDA).

DON PEDRO.- Está bien. Ahora pon agua fresca en la alcarrara; y vete a descansar, hijo mío.

ESCENA OCTAVA.- DON PEDRO - DON JUAN.

DON PEDRO.- No dudo, hermano, de que con ese capitalito que llevaste de aquí, hayas hecho algo.

DON JUAN.- Lo que hice fue jugar.

DON PEDRO.- ¿Y ganaste?

DON JUAN.- Lo perdí todo.

DON PEDRO.- ¡Malo! Yo condeno todo juego; pero el juego en que se pierde lo recondeno. ¿Y tu esposa?

DON JUAN.- No pudiendo soportar la pobreza, se enfermó y murió de consunción, dejándome una hija.

DON PEDRO.- ¿Y el señor suegro?

DON JUAN.- Murió antes que mi esposa, dejándonos por toda herencia, la casa en que vivía, hipotecada en el doble de su valor. De manera que yo, para poder vivir, me enrolé en el ejército, después de hacerme ciudadano peruano. He militado en todos los partidos que tienen divi

dida a aquella república. Después de luchar en las filas del gobierno, iba a hacerme matar en las de la oposición, reservándome el derecho para pasarme al partido gobiernista, cada vez que así me conviniera. He sido, pues gobiernista, cartillista, Echeñiquista, clerical, liberal, retrógrado, civilista...

DON PEDRO.- Pero vamos al grano. ¿Has ahorrado algo del sueldo? Porque es seguro que tú no expondrás tu pellejo por ser vos quién soís...

DON JUAN.- Así es. Se me pagaba; pero no siempre, porque en el Perú se pelea muchas veces al fiado.

DON PEDRO.- Bueno, bueno. ¿Y los ahorros?

DON JUAN.- Se los llevé todos la sota.

DON PEDRO.- ¡Mala suerte; que sólo ahorrando se tiene. Y mientras tanto, en dónde estaba tu hija?

DON JUAN.- En casa de una tía solterona, que la ha educado.

DON PEDRO.- ¿Y es rica esa solteroncita?

DON JUAN.- Millonaria.

DON PEDRO.- De modo que mi sobrina heredará...

DON JUAN.- Ni migaja, hombre, porque la tía me aborrece.

DON PEDRO.- Pero ama a mi sobrina, sin duda.

DON JUAN.- Es verdad: más te diré lo que ha pasado. Yo no podía hablar con mi hija, porque la vieja me prohibió llegar a su casa. He tenido que robar a mi propia hija para traerla conmigo.

DON PEDRO.- De modo que has hecho perder a esa pobre niña una rica herencia? ¿Eso es no tener conciencia, hermano mío;

DON JUAN.- Pero ¿era conciencia el tenerme separado de mi Irene?

DON PEDRO.- ¿Se llama Irene la niña? ¿Con que está en Chile?

DON JUAN.- Sí, en Santiago, me he venido con camas y petacas.

DON PEDRO.- Con tal que las petacas no venga va

cías...

DON JUAN.- ¡Ojalá tuviera siquiera las petacas; Para venirme, tuve que pedir dinero prestado a varios amigos.

DON PEDRO.- De manera que has llegado, no solo pobre, sino además con esas deudas...

DON JUAN.- ¡Si fueran esas solamente! Debo en el Perú a cada santo una vela; y por eso dije; ¡a Chile! ¡a Chile!

DON PEDRO.- Y has cancelado así todas tus cuentas.

DON JUAN.- Cabal. No había otro medio.

DON PEDRO.- ¿Y qué piensas hacer ahora?

DON JUAN.- ¿Lo que pienso hacer? Desde luego cenar contigo...

DON PEDRO.- ¡Ah! pero es el caso que...

DON JUAN.- El caso es que me encuentro en ayunas. Estoy alojado con mi hija de una pobre mujer... Y como he sabido que estás muy rico...

DON PEDRO.- ¿Quién te ha dicho eso?

DON JUAN.- Al momento me dije: iré a ver a mi buen hermano...

DON PEDRO.- Mil gracias...

DON JUAN.- Le diré mi miseria...

DON PEDRO.- Pero, hombre, ¿a qué diablos fuiste a jugar tu patrimonio?

DON JUAN.- Le haré ver que no solo yo sufro los efectos de tal miseria, sino también mi hija, su sobrina...

DON PEDRO.- ¡Haberle quitado su herencia a esta pobre niña;

DON JUAN.- Pero, si me venía solo, privaba a mi hija de su padre.

DON PEDRO.- ¿Y de qué sirve tener padre, si carece de que comer? ¡Juan! ¡Juan! ¡No es caridad lo que has hecho con esta pobrecita;

DON JUAN.- A lo hecho, pecho... Ahora vamos a otro capítulo. Te repito que tengo una hambre digna de un padre provincial.

DON PEDRO.- ¿Tienes hambre? Es lo único que al

fin tienen los que dilapidan su haber, hermano mío. Esto es muy lógico.

DON JUAN.- Tan lógico como el que tú me des ahora de cenar.

DON PEDRO.- Está bien; harás colación conmigo.

DON JUAN.- ¡Colación!

DON PEDRO.- Yo soy devoto del Carmen, y ayuno...

DON JUAN.- ¿Los Miércoles? Pero hoy es Jueves.

DON PEDRO.- También suelo ayunar los jueves. En fin, cenarás de lo que haya.

DON JUAN.- No te dé cuidado, pues yo me avengo a todo, y ya te he dicho que fui soldado. Ordena que nos traigan pronto.

DON PEDRO.- Yo mismo serviré la cena. (SE ALZA DEL ASIENTO, Y VA AL ESCAPARATE) Ahora me hallo sin criado... Mal digo. (APARTE: No conviene que él me crea solo) Quiero decir que el mozo que sirve debe haberse recogido (APARTE: Este diablo podría muy bien hacer un desgraciado conmigo) Y como yo ceno muy parcamente... Pero voy

a hacerlo levantarse para que nos sirva. (SE VA AL OTRO LADO DEL BIOMBO, Y ABRE LA PUERTECITA DEL FONDO) ¡Jerónimo! ¡Jerónimo! (CAMBIANDO LA VOZ) ¡Señor! (CON SU VOZ NATURAL) Levántate pronto, hijo, y sírvenos la cena. (VUELVE A LA SALA) Este mozo es un tesoro que tengo: honrado, servicial, y muy adicto a mi persona... Pero como no hay mula sin tacha, duerme como un lirón. ... Eso sí que tiene un sueño muy liviano, y el más ligero grito lo despierta... Solo que, a veces, se levanta con un genio de Dios nos libre. ... (VASE AL OTRO LADO DEL BIOMBO) ¡Jerónimo! Ven a servirle la merienda a tu patrón, que se halla con su hermano de visita. (VARIANDO LA VOZ) Ya le he dicho a usted que no me gusta que me manden dos veces una misma cosa; (VUELVE A LA SALA) De mal humor se ha levantado.

DON JUAN.- (ALZANDOSE DE SU ASIEN TO) ¿Quieres que yo le haga un remedio para ese achaque? Con un par de puntapiés, les he compuesto el mal a

humor a muchos.

DON PEDRO.- No, Juan, por Dios; Mira que es un hombre muy esforzado. Siéntate; yo haré que nos sirva pronto. (VASE AL OTRO LADO DEL BIOMBO; SE PONE UN GRAN PONCHO; SE ATA LA CARA CON UN PAÑUELO DE ALGODON; Y, COLOCANDOSE EN LA CABEZA UN BONETE DE LANA, METE LOS PIES EN UN PAR DE SUECOS. EN SEGUIDA, ENTRA POR LA PUERTECILLA DEL FONDO, Y SALE A LA ESCENA POR LA DE LA SALA. ABRE EL ESCAPARATE, Y SACA DE ALLI ALGUNOS PLATOS, CON PAN, TROZOS DE QUESO, NUECES Y AVELLANAS, QUE COLOCA SOBRE LA MESILLA).

DON JUAN.- Más vivo, Jerónimo; Díle a la cocinera que nos mande luego la sopa... ¿No contestas, badulaque? (LO AMENAZA CON LOS PUÑOS, A TIEMPO QUE EL OTRO SALE).

DON PEDRO.- (DEL OTRO LADO DEL BIOMBO) Sé prudente, Juan; Ya te digo que ese hombre es terrible, cuando está con la suya; (VUELVE A ENTRAR POR LA PUERTECILLA, Y A SALIR POR LA DE

LA SALA, CON UN PAR DE BOTELLAS DE GREDA, QUE DEJA SOBRE LA MESA).

DON JUAN.- Muy bien, Jerónimo; Sin duda que la una es de vino y la otra es de agua. Trae los vasos; y que venga pronto el caldo. ¿Cómo? Has dado en no contestar? Pues yo te enseñaré a ser atento; (LE LANZA UN PUNTAPIE, Y DON PEDRO HUYE CORRIENDO).

DON PEDRO.- (AFUERA Y VARIANDO LA VOZ) Patrón; ese hombre me ha amenazado; Yo me voy a acostar, pues, si permanezco aquí, me expongo a matarlo;

DON JUAN.- ¿Qué dice el zoquete? Voy a componerle el genio... (QUIERE SALIR FUERA DE LA SA LA; PERO DON PEDRO, QUITANDOSE APRESURADAMENTE EL DISFRAZ, CORRE A SUJETARLO).

DON PEDRO.- No, hombre, por la Virgen; ¡No te expongas; ¡Es un Hércules este mozo;

DON JUAN.- Aún cuando sea el mismo diablo, me la va a pagar.

DON PEDRO.- Siéntate, hermano; siéntate, que ya la cena está servida.

DON JUAN.- ¿La cena? Yo no veo aquí más que unos panes y unos pedazos de queso...

DON PEDRO.- Te olvidas de las nueces... Mira que avellanas tan hermosas. Además tengo en el escaparate un canastillo de higos... Todo es comida sana...

DON JUAN.- ¿Y esto es lo que llamas cena?

DON PEDRO.- Como no esperaba visita...

DON JUAN.- Aún para uno solo, esta cena es muy en abreviatura.

DON PEDRO.- ¡Oh! No es bueno cargar mucho el estómago, de noche; y mi médico me ha dicho...

DON JUAN.- Maldito sea tu médico y quién le dió los títulos para que matara de hambre a las gentes.

DON PEDRO.- Siéntate, hermano; que al fin tendremos un buen postre. Me han mandado de regalo una botella de miel; y con ella desengrasa-

remos.

DON JUAN.- Desengrasar, hombre de Dios, cuando aquí no veo nada que nos engrase el gáznate?... Porque, ni el queso... (TOMA UN PEDAZO) Parece hecho de piedra. En fin, sentémonos, y hagamos pecho ancho. (COMIENDO ALGUNOS BOCADOS) Yo he sido soldado; y sé cenar lacónicamente, como di ría la tía de mi Irene, que presume de muy culta.

DON PEDRO.- ¡Ah! Si tú no le hubieras quitado e sa herencia a mi sobrina, otro gallo te cantara ¡Juan! Cuánta no es tu responsabilidad ante los ojos de Dios!

DON JUAN.- El queso me ha dado sed... Me desqui taré con un buen trago de vino. (COGE UNA DE LAS BOTELLAS).

DON PEDRO.- Es agua, muy fresquita y buena...

DON JUAN.- ¿Y la otra?

DON PEDRO.- También es agua.

DON JUAN.- ¡Quita allá con tu agua; Yo tengo sed de vino.

DON PEDRO.- Mi médico me ha prohibido que beba.

DON JUAN.- ¡Qué médico tan gracioso tienes;

DON PEDRO.- ¡Ay; hermano; Yo debo ser parco, por dos razones...

DON JUAN.- Pues, hombre; Yo creo que debo comer y beber bien, por más de treinta razones; Lo que son los pareceres entre los hombres; Siempre hay razones para todo.

DON PEDRO.- Yo tengo las mías para seguir mi sistema hasta que me muera.

DON JUAN.- Y te morirás pronto, pues tu médico se ha encargado de ello.

DON PEDRO.- Es que yo sé que no hay mayor enemigo de la salud que la glotonería; y he ahí mi primera razón.

DON JUAN.- Es decir, que vives a dieta para no enfermarte.

DON PEDRO.- Cabal. Necesito tener salud para ganar que comer.

DON JUAN.- ¿Y para qué quieres tener que comer, si no comes?

DON PEDRO.- Yo como para vivir, pues mis escasos recursos no me permiten regalarme demasiado; y esta es la otra razón de que te hablaba.

DON JUAN.- Déjate de eso, Pedro; no pretendas engañarme, pues yo sé, de buena tinta, que estás muy rico. ¿Sabes quién me lo ha dicho?

DON PEDRO.- Quién quiera que sea, te ha engañado.

DON JUAN.- No, no. ¿Te acuerdas de aquella niña, hija de don José Pereda, que...

DON PEDRO.- La Antonia? ¿Ella te ha dicho eso? ¿La has visto?

DON JUAN.- Me encuentro alojado en su casa.

DON PEDRO.- ¡Ah! ¿Cómo es eso?

DON JUAN.- Yo llegué anoche con mi hija, a una mala posada; y esta mañana al salir de mi cuarto, ví que Antonia entraba al patio, con un canasto de ropa limpia...

DON PEDRO.- Es decir que ahora está de lavandera.

DON JUAN.- Así es. En cuanto me vió, me conoció, y vino a saludarme, llorando de gusto... Te aseguro que, a pesar de sus treinta y pico de años, está siempre bonita...

DON PEDRO.- Sí; bonita; pero es muy mala mujer.

DON JUAN.- Te equivocas, Pedro; y luego te haré ver como el malo has sido tú. No bien le dije la triste situación en que me hallaba, cuando ella me ofreció su casa, con tal franqueza, que no pude dejar de aceptar. Y, diciendo y haciendo, me obligó a que le presentara a mi hija, con la cual se amistó en un momento. Después de entregar la ropa que traía, nos llevó a su casa, y allí estamos hospedados. La buena mujer ha pues-

to a mi disposición todo lo que tiene; y trata a mi hija con el cariño de una madre... Te repito que es una digna mujer.

DON PEDRO.- (AGITADO) No me hables de ella, Juan; Hace veinte años que no la veo... y no la veré más... ;No; no quiero verla... Es verdad que la amé con delirio; pero...

DON JUAN.- No tienes razón, hermano mío... Ella me lo ha referido todo.

DON PEDRO.- Pero no te habré dicho palabra del amante con quien me engañaba. Aparentaba amarme para sacarme dinero... Yo debía estar loco, cuando le daba tanto; Ahí tengo apuntado hasta el último cuartillo que gasté en esa mujer... No puedo perdonarla que me haya explotado... Entonces estaba yo ciego, pues pensaba casarme con ella, para legitimar... ;Ah; Yo mismo fui testigo de su deslealtad; Afortunadamente no le había enviado todavía una pieza de castilla y otra de lienzo para que hiciera... Pude ven-

der después todo eso... Pero ¿cómo reembolsarme de lo que antes le había dado? ¡Es una miserable ladrona!

DON JUAN.- Oye, Pedro; Voy a desengañarte...

DON PEDRO.- No, Juan; no te oiré... Hablemos de otra cosa... ¡Esa mujer me cuesta muy caro!

DON JUAN.- Pero, hombre; no mires la cuestión por el lado del dinero...

DON PEDRO.- Es justo también mirar las cosas por ese lado. Considera que no solo he perdido el capital, sino los intereses de veinte años.

DON JUAN.- Sea como tú quieras. (APARTE) Otro día estará más tratable. Pero yo no puedo permanecer con mi hija, en casa de Antonia, de cuya generosidad no debo abusar.

DON PEDRO.- ¿Y cómo ella abusó de la mía?

DON JUAN.- Debo sacar de allí a Irene.

DON PEDRO.- ¿Y en dónde piensas hospedarla?

DON JUAN.- En casa de su buen tío.

DON PEDRO.- ¿Qué tío?

DON JUAN.- Tú, pues, hombre;

DON PEDRO.- ¡Yo! (SE ALZA DEL ASIENTO, Y SE PASEA MUY AGITADO).

DON JUAN.- Tú eres rico, hermano mío... No te pido para mí, sino para tu sobrina... Acuérdate de aquellos tiempos en que nuestra buena madre nos enseñaba a rezar las obras de misericordia.

DON PEDRO.- Rezarlas no cuesta un cuartillo; pero... Tú no sabes que esta casa se halla desmantelada... No hay una sola pieza decente.

DON JUAN.- Arreglaremos los cuartos.

DON PEDRO.- No tengo criados.

DON JUAN.- Se buscará servidumbre.

DON PEDRO.- Aquí falta todo.

DON JUAN.- Se comprará lo que falta.

DON PEDRO.- ¿Y con qué diablos has de comprar, si no tienes un cristo?

DON JUAN.- Compraremos con el dinero que tú tienes. ¿Hay cosa más clara?

DON PEDRO.- Pero si ya te he dicho que...

DON JUAN.- Lo dicho, dicho. Arreglaremos esta vivienda, con unos mueblecitos decentes...

DON PEDRO.- Es decir que...

DON JUAN.- Aprenderemos bien la repostería...

DON PEDRO.- ¡La repostería!

DON JUAN.- Surtiremos la bodega, de buenos vinos...

DON PEDRO.- Te he dicho que no bebo vino.

DON JUAN.- Yo te enseñaré, Pedro... Ya verás como vamos a transformar esta morada. Tú mismo me agradecerás después.

DON PEDRO.- ¡Me gusta; ¡Conque yo habré de agradecerte el que me arruines? ¡Ah! Juan! Cuán to mejor no habría sido que no la quitaras a mi sobrina aquella herencia! Tu eres un mal padre.

DON JUAN.- No me llames mal padre, cuando estoy trabajando por hospedar bien a mi hija.

DON PEDRO.- ¡Sí! Hospedarla a costa ajena... ¿Para qué diablos fuistes a jugar todo tu pa-

trimonio?

DON JUAN.- Olvida eso, Pedro, que ya es cosa que pertenece a la historia antigua. Acuérdate de que hemos crecido aquí juntos.

DON PEDRO.- Pero eso no es razón para que yo pague las habas que se comió el asno.

DON JUAN.- Muy bien, querido hermano: ahora me voy a darle a mi hija la buena noticia de que ya tiene albergue.

DON PEDRO.- Lo más que puedo hacer es convidar los con mi mesa.

DON JUAN.- Mil gracias, querido hermano, Mañana volveré con tu sobrina. Ya la verás desempeñarse en el arreglo de este querido hogar.

DON PEDRO.- Pero tú no comprendes, Juan...

DON JUAN.- ¡Vaya sí te comprendo; Tú estás deseosísimo de conocer a tu sobrina.

DON PEDRO.- No digo que no; pero, en cuanto a lo de morar aquí...

DON JUAN.- ¡Oh; En cuanto a eso, veo en tu sem

blante pintada tu buena voluntad.

DON PEDRO.- La voluntad sobra; pero los medios faltan... ¿Cómo podré yo hacer esos arreglos que el mal estado de esta casa demanda?

DON JUAN.- No te preocupes por eso... Ni yo tampoco habría de permitir que tú te molestaras... Yo mismo haré las compras; yo buscaré los maestros y los trabajadores necesarios, sin que tú tengas que meterte en nada... Adiós, mi querido hermano; hasta mañana... Dios te pagará tu generoso proceder. (VASE)

ESCENA NOVENA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- Por Jesucristo vivo; Yo no sé lo que me pasa... Esto es mil veces peor que si hubiese venido una pandilla de ladrones... Vaya; Dice que él lo hará todo, y que yo no tendré que meterme en nada... El hará las compras; pero yo pagaré las cuentas,... Sí, señor; peor que ladrones, a mano armada es todo esto, por-

que vendrá la sobrina, y ... Bien dicen que a  
quién Dios no le da hijos, el diablo le da so-  
brinos... Si ella fuera sola, ¡vaya con Dios;  
Pero con ella vendrá la criada, y luego el cri-  
ado, y la cocinera, y la lavandera, y... Más  
de media docena de bocas, que se lo comerán to-  
do en un mes... Y todo ello porque el hermani-  
to dilapidó su patrimonio... ¡Esto no es jus-  
to!... ¿Y he de conesntir yo, un hombre de prin-  
cipios como yo, que un perdulario venga a mal-  
gastar el fruto de tantas fatigas? ¡No, señor!  
Esto sería dar un pernicioso ejemplo, fomentan-  
do el terrible vicio de la prodigalidad... Mi  
conciencia se opone a ello. La caridad primero  
por casa; y cada cual se debe rascar con sus u-  
ñas; y es bien sabido que el que no guardó no  
encontró... No les daré ni un cuartillo!...  
¡Ah! ¡Y la puerta de calle abierta! Voy a ce-  
rrarla. (YENDOSE POR LA PUERTA DEL FONDO) No;  
no; no les daré un solo cuartillo; TELON

ACTO SEGUNDO.- El lugar de la escena es la misma pieza; pero toda en un cuerpo, y decentemente arreglada, como una sala común de recibo.

ESCENA PRIMERA.-

DON PEDRO.- Pues, señor; yo debo estar loco... Sí, loco de atar; Cuando he podido consentir en todos estos gastos... Miren cómo se ha transformado todo esto, de la noche a la mañana... Parece cosa de encantos... Empapelado a la moderna, alfombra de tripe, candelabros de bronce... ¡Ja sús;... Espejos aquí, cortinas allá, cristales por todas partes... ¡Esto me tiene abrumado; (SE DEJA CAER EN UNA POLTRONA) Pero, después de todo, esta silla es cómoda... muy cómoda... Está bien uno aquí... Ahora venganme a decir que el dinero es cosa despreciable, cuando tantas comodidades puede uno obtener con el él;... Pero sí el dinero es lo que vale en este mundo ¿a qué malgastarlo en esta futilidades?... Eso es lo que yo digo y diré siempre, y por eso sé guar-

dar... (IRONICAMENTE) Sí; Sé guardar, y he consentido en todos estos gastos; ¡Cuánto no tendré que sudar para reponer en mi caja las setecientos diez con ocho pesos, cinco reales y medio que me han hecho pagar esos judíos por estas baratijas;... ¡Sí, señor; me afirmo en ello: estoy loco... Yo que siempre he aborrecido a los perdularios, y que tengo en tal estima la gran virtud de la economía, como que sin ella, no hay salvación posible... En este mundo, ella nos salva de la miseria, y nos libra de cometer esa multitud de pecados a que el pobre está siempre expuesto; y al fin y al cabo, ella nos asegura la bienandanza eterna, allá en el otro mundo, con tal de dejar un buen legado para su alma... Y, siendo esto así, ¿por qué diablos he sido tan débil, que... Pero esta muchacha ha dado al traste con todos mis principios... Ella impone la ley en esta casa; y yo no tengo fuerzas para decirle no...¿Quién

puede resistir a sus miradas?... Cuando más de  
cidido estaba a no admitirla, no hizo más que  
presentarse aquí, y traz; Caí como piedra en  
pozo... En cuánto la ví, vinieron por tierra  
todos mis propósitos, y se me trastornó la ca-  
beza, y... No doy tres nueces vanas por mi ca-  
beza... La verdad es que yo la quiero, no sola-  
mente como tío... Es un hecho: amo a mi sobri-  
na, y me casaré con ella, Dios mediante... Ver-  
dad es que yo soy viejo, y ella, una criaturi-  
ta; pero ¡tengo plata! (DA UN SALTO DE GUSTO),  
y la plata hace milagros, como que es cosa san-  
ta. Son unos tontos los que no saben guardar.  
... Lo único que le falta a esta muchacha, pa-  
ra ser cumplida, es saber guardar... ¡Ya se vé;  
Al lado de un padre tan perdulario, solo ha a-  
prendido a gastar... Pero yo la enseñaré; yo  
le iré a la mano, en eso de los pedidos... ¡To-  
das las peruanas deben ser un diablo de pedi-  
güeñas; Yo le haré ver que no hay mayor pecado

que el del lujo... Pero, ¿lograré hacerme entender de ella?... Es un demonio de gastadora; y no parece sino que le hiciera cosquillas el dinero en las manos, según es el deseo que manifiesta por arrojarlo a la calle... Y lo peor es que ella tiene un arte para pedir, que en balde me he encastillado en mis principios... Con sus miradas, con sus mimos, con sus pucheritos, que sabe hacer tan bien, le saca a uno el dinero, sin sentirlo... Mal digo; lo siento aquí en mi corazón... ¿Y si después de ser mi esposa, no puede hacerla entrar en vereda? ¡Ah! Solo de pensarlo, me estremezco; Ella seguirá gastando en vestidos y joyas... ¡Vaya! A una mujer pobre no debiera gustarle el lujo: pero las más pobres, son precisamente a las que más les gusta... Con una mujer así, voy a pasar una vida de martirio.... ¡No! No me caso, y san se acabó; El buey suelto bien se lame; y aunque también dicen que enyugado no se pierde,

lo cierto es que yo sí me hago enyugar, pierdo todo lo que tengo... Antes de todo, la tranquilidad de mi conciencia; que yo no he nacido para fomentar vicios, y mucho menos el del lujo, ¡Dios me libre de él!... Pero de ella ¿quién me librará? Con sus zalamerías me trastorna la cabeza. A cada rato me está diciendo: "Tífto de mi alma; Así se usa en Lima"... ¿Y qué me importa a mí que en Lima sean unos perdularios? ... Pues, que se vaya a Lima, para que allí viva a la moda... En cuanto llegue su padre le diré que se la lleve de aquí, porque es mal mirado que una muchacha soltera viva en casa de un hombre también soltero; y es preciso mirar el que dirán....

ESCENA SEGUNDA.- DON PEDRO - IRENE.

IRENE.- (CON ZALAMERIA) ¡Tífto querido; ¿Qué cosa es eso del que dirán?

DON PEDRO.- Irene; (APARTE: ¡Me mató;) Has oído?

IRENE.- Oí que usted hablaba del que dirán...

Mire, tío, no se preocupe por eso.

DON PEDRO.- ¿De qué?

IRENE.- Del que dirán... ¿Qué le importa a usted lo que digan los demás, siendo como es tan rico?

DON PEDRO.- No tanto, hijita; no tanto que digamos... Pero ¿por acaso se usa también en Lima el no hacer caso del que dirán?

IRENE.- Sí, pues; Lima es una ciudad mucho más civilizada que Santiago. Aquí las gentes son tímidas; y su ignorancia las hace ver fantasmas en todas partes. Hacen gran asunto de las cosas más ridículas; y de aquí viene que temen tanto al que dirán hasta aquellas personas que, por su posición social y su riqueza, debieran despreciar...

DON PEDRO.- Con que en Lima son...

IRENE.- Allí las gentes viven con esa garbosa despreocupación de la cultura.

DON PEDRO.- De manera que aquí en Chile estamos todavía en Cristus...

IRENE.- Aquí están... ¿Se lo diré, tifto?

DON PEDRO.- Dilo sin rebozo.

IRENE.- ¡Vaya, pues! (RIENDO) Le diré que aquí están todavía muy... muy provincianos.

DON PEDRO.- Gracias, sobrina, por lo que me toca.

IRENE.- (CON MIMO) No lo digo por usted, tifto querido... Ya sabe que no hay regla sin excepción.

DON PEDRO.- Es decir, que yo soy una excepción.

IRENE.- ¡Pues! (LO ABRAZA) Usted podría hacer papel en el mismo Lima.

DON PEDRO.- (RIENDO) ¿Qué papel podría yo hacer en aquella ciudad tan civilizada?... Haría tal vez papel de trapo viejo...

IRENE.- ¡No diga eso! Buen papel, se entiende. (VUELVE A ABRAZARLO) De lo contrario, no tendría yo tantos deseos de que no fuésemos a Lima...;

DON PEDRO.- ¡A Lima!

IRENE.- Sí, tito. Usted conocería a mi tía Adriana...

DON PEDRO.- ¿Esa tía rica?

IRENE.- La misma... Usted la querría mucho, porque es muy buena, y me quiere como a las niñas de sus ojos.

DON PEDRO.- ¿Es verdad que pensaba ella hacer su testamento a tu favor?

IRENE.- ¡Pues! Me lo decía siempre.

DON PEDRO.- ¿Y por qué la dejaste?

IRENE.- Porque mi papá lo quiso así.

DON PEDRO.- Y has hecho bien. (APARTE: porque de otro modo, no habría conocido yo a esta lindura)

IRENE.- ¿Qué dice usted?

DON PEDRO.- Que iremos a Lima. (APARTE: No es caridad hacer perder a esta niña una herencia tan buena).

IRENE.- ¿Nos iremos a Lima, no? ¡Ah! Cuánto

lo quiero, tío;

DON PEDRO.- No seas tan zalamera. (APARTE:

¿Qué será lo que quiere pedirme?

IRENE.- ¿Que no sea zalamera? Vaya, pues; Sí en Lima somos todas así, y no como aquí en Chile, que no parece sino que las mujeres fueran de palo;... Pero si a usted no le agrada que yo le manifieste mi cariño... (SE RETIRA CON GESTO DESABRIDO).

DON PEDRO.- ¡Si me agrada, niña; (APARTE: Así enojadita está más linda).

IRENE.- Para no disgustarlo a usted, procuraré ser como estas mujeres de Chile, secas como una estopa, y desabridas como una palta verde, que no saben hacer un guiño ni decir un cariño.

DON PEDRO.- ¡Qué muchacha; ¿No te digo que me gustan tus zalamerías? Que me encanta la gracia de tu expresión? (APARTE: ¡Ya volvió a trastor narme la mollera;) Sigue siendo como las peruanitas... No te enojas, mi vida...

IRENE.- ¡Si no estoy enojada, tío!

DON PEDRO.- Pues entonces abraza a tu viejo tío!

IRENE.- (ABRAZANDOLO) ¿Viejo? ¡Usted no es viejo, tío!

DON PEDRO.- ¿Te parece? (APARTE: ¡Y lo que sabe la picarona!) Pues, hijita, yo soy un año mayor que tu padre.

IRENE.- ¡No lo diga! Papá representa diez años más que usted.

DON PEDRO.- (APARTE: Está dicho: ¡me caso con ella!).

IRENE.- Pero todavía no me ha dicho usted cual es ese que dirán de que usted hablaba.

DON PEDRO.- ¡Ah! (APARTE: ¿Qué le diré?).

IRENE.- ¿No me contesta? Apuesto a que no le ha agradado que yo saliera sola a la calle?

DON PEDRO.- ¡Sí! ¡Eso es! (APARTE: Ella misma me indica la contestación) Sí, hijita: aquí las niñas no salen solas.

IRENE.- ¡Miren, pues! Esa es otra prueba del atraso de este país.

DON PEDRO.- Pero, a la tierra que fueres...

IRENE.- Ya sé el refrán; y, por eso es que mi papá anda buscando una señora de respeto para que me acompañe.

DON PEDRO.- ¿Y qué necesidad tienes de compañía en esta casa, que ya está llena de gente?

IRENE.- Es que necesito una compañera para andar por la tiendas.

DON PEDRO.- ¡Vaya! ¿Y qué tienes tú que hacer en las tiendas?

IRENE.- Pero, tío, por Dios; ¿Entonces aquí las señoras no van al comercio? ¿Qué clase de ciudad es ésta?

DON PEDRO.- Mira, niña; eso de visitar mucho las tiendas tiene sus peligros.

IRENE.- ¡Ya lo veo, pues! Porque pueden engañarla a una los comerciantes. Pero, yendo acompañada de una señora que sepa los precios, ya

no hay peligro.

DON PEDRO.- Yo compraré todo cuanto hayas menester.

IRENE.- ¡No, tío querido! Si me prohíbe comprar, me aburriré... me moriré de fastidio, en dos semanas.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Jesucristo!).

IRENE.- Usted me comprará, por su parte, lo que le parezca; pero déjeme a mí el placer de mercar para distraerme.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Bonita distracción!).

IRENE.- No me quite este goce inocente.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Válgame la Virgen de Andacollo!).

IRENE.- Yo soy así... Es mi pasión...

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Y llama goce inocente el botar el dinero!)

IRENE.- Mire usted. Al pasar esta mañana por una tienda del portal, ví un vestido de raso...

DON PEDRO.- ¿Y?

IRENE.- Y lo compré... Quiero decir que lo traté, por dados, que no llevaba dinero. Pero le dije al comerciante que me enviara el vestido.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Oh! ¡Esto pasa de raya!)

IRENE.- ¿Me dice usted?

DON PEDRO.- Lo que digo, sobrinita, es que no están los tiempos para comprar vestidos de seda.

IRENE.- Son los vestidos de moda.

DON PEDRO.- ¡Dale con la moda!

IRENE.- Y, siendo de moda, ¿cómo no ha de ser el tiempo de comprarlos?

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Estoy frito!)

Oye, sobrinna: ya sé quién es ese comerciante. Yo hablaré con él.

IRENE.- ¿Para pagarle la cuenta? Gracias, tío. Entonces puede usted hacer una ida y dos mandados.

DON PEDRO.- ¿Cómo es eso?

IRENE.- ¿No me entiende? ¿Por acaso no dicen

aquí también "una ida y dos mandados?".

DON PEDRO.- Si decimos. Veamos el otro mandado.

IRENE.- No le costaría a usted nada, porque los encajes que compré están en el segundo baratillo, en el mismo camino de la tienda.

DON PEDRO.- ¿Encajes?

IRENE.- Para adornar el vestido... Y también unas cintitas de terciopelo...

DON PEDRO.- Y van tres mandados.

IRENE.- Pero, tío, está en el mismo baratillo. No tiene usted que dar un solo paso más.

DON PEDRO.- ¿Qué me importa a mí dar pasos de más, con tal de no dar... quiero decir... ¿Y no queda otro baratillo?

IRENE.- No, tío, porque la manteleta que compré está en una tienda del Pasaje.

DON PEDRO.- Pero, sobrina... (APARTE: No; No me caso con esta mujer).

IRENE.- ¿Qué? ¿Le disgusta a usted que yo haya

tratado esas cosillas?

DON PEDRO.- No es eso, no... Sino que tú no debes meterte a comprar... Mira que los tenderos aquí son unos judíos.

IRENE.- Pero usted tiene también una tienda.

DON PEDRO.- Cierto... (APARTE: No sé dónde tengo la cabeza) Yo haré por tí esas compras.

IRENE.- Mire, tío; ¿quiere que hagamos un trato?

DON PEDRO.- ¿Cuál es?

IRENE.- Dividámonos el trabajo. Yo trataré los géneros, y usted pagará las cuentas.

DON PEDRO.- ¡Pues me gusta el trato!

IRENE.- Lo mismo digo de las cosas que faltan en la casa. Ya le he dicho que yo seré su ama de llaves; y cumpliré con mis deberes... ¡Ah! Y se me olvidaba ir a la cocina. Allí deje arreglado todo para hacer unos pastelillos, como aquellos que tanto le gustaron ayer. (HACE QUE SE VA, Y VUELVE).

DON PEDRO.- Deja eso, niña, al cuidado de la cocinera.

IRENE.- ¡No! no! Yo soy su ama de llaves, ¿verdad?

DON PEDRO.- Cierto.

IRENE.- Pues entonces yo debo atender a los quehaceres de la casa. ¿No le agradan las golosinas que le hace su sobrinita?

DON PEDRO.- Mucho, mucho.

IRENE.- Por consiguiente, déjeme servirle con cariñoso empeño, pues que eso es también para mí un gran placer. (VASE)

ESCENA TERCERA.-

DON PEDRO.- ¡Oh! ¡Qué buena dueña de casa hará esta chiquilla; y no como dicen, dueño, porque si fuera dueño, no la querría. Yo la quiero para dueña de mi casa, de mi corazón de todo lo que tengo. Es una alhaja, y mejor alhaja sería, si no le gustarán tanto las alhajas. Pero ¿qué cosa hay cumplida en este mundo, desde las mu-

jeres para abajo?... No sé qué diablos hacer.  
... Si me caso con ella, me matará a pedidos;  
y si no me caso, me moriré de pena... Más vale  
casarse... Sí, señor; será mi esposa. Ella me  
quiere; es linda como una flor de primavera.  
(GOLPEAN LA PUERTA DEL PATIO) ¿Quién es? ¡Ade-  
lante;

ESCENA CUARTA.- DON PEDRO - TRES CRIADOS.

CRIADO 1.- (ENTRA CON UNA CAJA GRANDE EN LAS  
MANOS, MIENTRAS LOS OTROS DOS SE QUEDAN EN LA  
PUERTA) ¿Esta es la casa del señor don Pedro  
Pimentel?

DON PEDRO.- Sí, amigo; yo soy ese don Pedro...  
¿Qué se le ofrece?

CRIADO 1.- Me envía mi patrón don Cosme Hinostrosa,  
con esta caja para que la deje aquí.

DON PEDRO.- ¿Don Cosme? ¿Y qué es eso?

CRIADO 1.- No sé, señor; pero aquí viene el rótulo,  
que dice: "Para la señorita Irene Pimentel".

DON PEDRO.- ¡Ya caigo; Pero es el caso que...  
Mejor es, hijo, que te lleves la caja.

CRIADO 1.- El patrón me ordenó que la dejara  
aquí. (DEJA LA CAJA SOBRE UNA SILLA Y SE VA).

ESCENA QUINTA.- DON PEDRO - CRIADO 2 - CRIA-  
DO 3.

CRIADO 2.- (CON UN PAQUETE EN LAS MANOS) Aquí  
traigo, señor, unos encajes y unas cintas, que  
la señorita compró...

DON PEDRO.- ¿Y los pagó la señorita?

CRIADO 2.- No, señor; pero traigo la cuenta; y  
usted tendrá la bondad de cancelarla...

DON PEDRO.- No tendré, de ningún modo, esa bon-  
dad. Llévase usted sus embelecocos, que, por más  
encajes que sean, no conseguirá encajármelos.

(AL CRIADO 3) Y usted, mi amigo ¿también me  
trae algún regalito como estos?

CRIADO 3.- Es un vestido de raso, que la seño-  
rita dejó elejido...

DON PEDRO.- Pues, vayase usted con sus trapos

... y usted con sus cintas y sus encajes... Y el otro? En donde está el de la caja? (VANSE LOS CRIADOS).

ESCENA SEXTA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- ¡Se fue el pícaro, y me dejó aquí la tentación; ¡Habrased visto mayor inmoralidad; Ya no se contentan con tener esos embelecados colgados en las vidrieras, para tentar a las mujeres, y arruinar a padres y maridos, sino que han dado en la linda gracia de enviar tentaciones a domicilio... ¿Qué traerá la caja? Veamos. (ABRE LA CAJA, Y VA SACANDO LAS COSAS, SEGUN LO INDICA EL MONOLOGO) ¡Una cofia; Esta parece pañoleta... Aquí viene el collar... ¡Ah;¡Estos son los rosarios del diablo; Y más acá, cintas, colgajos y embolismos... ¡Por nada no se trajo toda la tienda; Cás pita con la peruanita, que aprieta;... Es imposible que vivamos en paz... ¡No será mi mujer;

ESCENA SEPTIMA.- DON PEDRO - IRENE.

IRENE.- ¡Ah! Ya trajeron esas cositas;

DON PEDRO.- Ojalá no las hubieran traído, Irene.

IRENE.- ¿Qué dice usted?

DON PEDRO.- Que estos embelecos y zarandajas son...

IRENE.- Son muy lindos, porque es la última moda.

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Maldita sea la moda, y quién la parió!)

IRENE.- (PONIENDOSE LA COFIA) Mire usted. ¿Me sienta bien? Veamos si la manteleta me viene al cuerpo. (SE LA PONE, Y SE MIRA EN EL ESPEJO, VOLVIENDOSE A UNO Y OTRO LADO, CON COQUETERIA, MIENTRAS DON PEDRO LA MIRA EMBOBADO)

DON PEDRO.- (APARTE: ¡Qué garbo! Me doy por vencido!).

IRENE.- Dígame usted su parecer. ¿Le gusta esta manteleta?

DON PEDRO.- Me gusta, solo porque tú la tienes puesta; pero...

IRENE.- Yo no sé porqué a los hombres no les agrada estas cosas.

DON PEDRO.- Sobretudo, en una niña como tú, que no ha menester de tales zarandajas para ser linda.

IRENE.- Es usted muy galán, señor tío; y yo una atolondrada, que tal vez charlo demasiado.

(SE QUITA LA COFIA Y LA MANTELETA) Voy a preparar la mesa.

DON PEDRO.- Deja que la criada...

IRENE.- ¿No quiere usted que yo sea su criada?

DON PEDRO.- ¡No! Tú serás mi...

IRENE.- (HACIENDOLE UNA GRACIOSA CORTESIA) ¡Servidora de usted! (VASE SALTANDO)

ESCENA OCTAVA.- DON PEDRO.

DON PEDRO.- (LA SIGUE CON LA VISTA) ¡Ah! Si así son todas las peruanas, aquello es sin duda

un cielo de ángeles... Parece que no pisa el suelo, cuando anda. Es una mariposa volando de flor en flor... ¡Qué dichoso voy a ser con ella; Y si es verdad eso de la tía rica; y si vamos a Lima, y cogemos la herencia... ¡Vaya! Será miel sobre hojuelas. (DA UN SALTO DE GUSTO) ¡Sí! La quiero; la adoro;... Hasta de mi negocio me olvido, cuando la veo... Solo dos veces he ido hoy a la tienda... Voy allá (AL QUERER SALIR, ENTRA DON JUAN).

ESCENA NOVENA.- DON PEDRO - DON JUAN.

DON PEDRO.- A tiempo llegas, hermano. Tengo que hablarte de cierto asunto.

DON JUAN.- Yo también vengo a decirte algo que debes saber.

DON PEDRO.- ¿Qué cosa es esa?

DON JUAN.- Dí tú primero.

DON PEDRO.- No, no; desembucha tú antes.

DON JUAN.- Pero...

DON PEDRO.- No hay pero que valga. Te escucho.

DON JUAN.- Hace días que deseaba hablar seriamente contigo sobre aquel lance que motivó tu odio contra Antonia.

DON PEDRO.- No me hables de eso, Juan. Ha muerto para mí esa mujer.

DON JUAN.- No merece la dureza con que la has tratado.

DON PEDRO.- ¿Y yo, por acaso, merecía su infidelidad?

DON JUAN.- Ni aún has tratado de informarte de tu hijo.

DON PEDRO.- ¿Mi hijo? Dejemos esta conversación, Juan: yo amé a esa mujer mientras la creí fiel.

DON JUAN.- Lo ha sido siempre, hermano mío.

DON PEDRO.- ¿Te lo ha dicho ella?

DON JUAN.- Y me lo ha probado.

DON PEDRO.- Pues yo le creo más a mis ojos que a todas esas pruebas.

DON JUAN.- ¿Y qué es eso que tus ojos han visto?

DON PEDRO.- (AGITANDOSE POR GRADOS) He visto...  
¡Ah! Me cuesta mucho decirlo... Mira, Juan: no me digas que pude engañarme, porque la luna alumbraba de lleno la ventana del cuarto de Antonia. Todavía vivía su madre, quién ni aún sospechaba nuestras relaciones. Yo había salvado la tapia de la huerta, y estaba detrás de un rosal, desde donde veía el interior del cuarto, medio iluminado por la luna. Un hombre estaba sentado en el alféizar de la ventana; y Antonia se hallaba de pie cerca de él. Cuando ví que se abrazaban, no fui dueño de mí, y corrí hacia la ventana, que se cerró al momento. Entonces traté de abandonar para siempre aquella casa; y al dirigirme al sitio por donde había entrado, ví a través por la huerta a un hombre, que parecía ir huyendo. Seguílo, y logré alcanzarlo, a tiempo que él subía sobre la tapia de la huerta. Era evidente que iba disfrazado, pues llevaba la cara atada con un gran pañuelo; el sombrero de

lana echado sobre los ojos, y una larga manta listada. Tomelo de la manta, y le arranqué el pañuelo, con sombrero y todo... Su fisonomía no se me olvidará jamás... ¡Infame! le grité; pero no pude vengarme de él, porque, dándome en la mano con un bastón que llevaba, me hizo soltarlo; y escapó.

DON JUAN.- Sabe, Pedro, que ese hombre era un hermano de Antonia.

DON PEDRO.- ¿Hermano? Antonia no tenía hermano.

DON JUAN.- Sí tenía, y lo tiene todavía. Oye, Pedro, y te lo explicaré todo.

DON PEDRO.- No me expliques nada, hermano mío. No quiero saber nada de esa mujer... Hablemos de otra cosa... Ahora me toca a mí decirte que amo...

DON JUAN.- ¿A quién?

DON PEDRO.- A mi sobrina.

DON JUAN.- ¡A Irene!

DON PEDRO.- Sí; a Irene. ¿Te parece, por aca-

so, muy desproporcionado este matrimonio, por causa de mi edad? Yo la dotaría bien.

DON JUAN.- ¿Y has hablado con Irene sobre el particular?

DON PEDRO.- Nos hemos dicho florecillas... Sí; florecillas solamente.

DON JUAN.- Yo hablaré con ella: es preciso saber lo que Irene piensa. Vete tú a la tienda.

DON PEDRO.- Dices bien. Sonsácale lo que ella tiene en aquel corazoncito. Yo me voy a la tienda, porque hago falta allí. Esta niña me a hecho olvidar mi negocio, y ahí tienes una prueba de lo mucho que la quiero... Yo te la llamaré... ¡Irene! Sobrina! (VASE)

ESCENA DECIMA.- DON JUAN - IRENE.

IRENE.- ¡Títo! Aquí me tiene usted... ¡Ah! papá! Yo había creído oír la voz de...

DON JUAN.- ¿Del títo?

IRENE.- Sí, papá.

DON JUAN.- Y como en vez del títo, encontras-

te al pobre papá, no te ha gustado, eh?

IRENE.- ¿Por qué dice usted eso, papacito? (LO ABRAZA CARIÑOSAMENTE)

DON JUAN.- ¿Por qué lo digo? Voy a contestarte; pero antes, siéntate aquí, hija mía. (APARTE: Rodearemos la cosa, para no decírselo de sopetón).

IRENE.- Ya le escucho papá.

DON JUAN.- Hay un tiempo, Irene, en que las niñas son más afectuosas, con su papá, como tú, por ejemplo...

IRENE.- Sí, papacito, como yo por ejemplo. ¿Qué me quiere decir?

DON JUAN.- (APARTE: Es preciso diplomacia) Quiero decirte que en ese tiempo, las muchachas comienzan a querer menos a su papá...

IRENE.- Entonces esas niñas no son como yo, papacito querido.

DON JUAN.- Te lo decía porque tengo que hacerte una pregunta...

IRENE.- ¿Qué cosa es esa? Pregúnteme luego.

DON JUAN.- Vamos despacio, porque esta cosa es muy... (APARTE: Diplomacia!) Quiero decir que el asunto es así un poco espinoso...

IRENE.- ¡Papá! ¿Qué me quiere decir? Usted me asusta...

DON JUAN.- Tranquílizate, hija mía... Es que yo quería rodear la cosa, porque no sería prudente venir, y preguntarte, así de golpe y zum bido: Irene, amas a alguien?

IRENE.- ¡Ah!

DON JUAN.- ¡Ya lo dije! Yo no sirvo para rodear las cosas... En fin, quiero saber si tu corazón está comprometido.

IRENE.- ¿Eso era lo que usted me quería preguntar? Papacito, siento que usted se haya adelantado; pero yo había ya formado la resolución de decirle que amo a...

DON JUAN.- ¿A Pedro?

IRENE.- A mi tío lo quiero mucho también... Pe-

ro a quién yo amo de otro modo es a Jorge.

DON JUAN.- ¿A Jorge?

IRENE.- Como usted me ha dicho que sea siempre franca con mi papacito...

DON JUAN.- Así me gusta; y has hecho bien en confesarme tu amor. Jorge es un buen muchacho, y me gusta la elección.

IRENE.- Lo cree también usted así? Ahora lo quiero más, papacito.

DON JUAN.- ¿A Jorge?

IRENE.- ¡A usted; a usted; a usted; (LO ABRAZA Y LO BESA).

DON JUAN.- Y desde cuando data ese amor a Jorge?

IRENE.- Debe ser desde la primera vez que nos vimos, porque... Mire usted... Cuando nos fuimos a casa de Antoñita, Jorge no estaba allí.

DON JUAN.- Sí; se hallaba aquí en la tienda.

IRENE.- Antoñita me contó que tenía un hijo muy bueno... Me mostró su retrato... Me dijo tantas cosas de él, en todo ese día, que... En fin, hi

zo tales elogios de su hijo... que cuando en la noche, ví a Jorge, yo no sé lo que pasó por mí... Le diré la verdad purita.

DON JUAN.- Así, así me gusta, Irene.

IRENE.- Al otro día nos vinimos aquí; y he tenido ocasión de ver a Jorge a cada rato... ¡Con cuánta actividad y esmero nos ha ayudado en los arreglos de la casa! Después he ido... ¿Se enojará usted por lo que voy a decirle?

DON JUAN.- Habla, niña; que me encanta tu franqueza.

IRENE.- Aún cuando sea malo, he de decirlo que, bajo pretexto de ver los géneros, o de necesitar algo para la casa, yo misma he ido muchas veces, a la tienda, para ver a Jorge. ¡Me gusta tanto oírlo hablar!

DON JUAN.- Sobre todo sí te habla de...

IRENE.- (CON VIVEZA) ¡Eso no, papá! Solo ayer no más, me dijo que me amaba; y yo le confesé que le correspondía. "Señorita, me dijo, jamás

me habría atrevido a revelar a usted ni a nadie el secreto de mi amor, si mi madre no me hubiera impuesto de otro secreto...

DON JUAN.- ¿Qué secreto es ese?

IRENE.- El de ser mi primo...

DON JUAN.- ¡Ah! ¿Entonces sabe que...

IRENE.- Ayer le dijo Antofita que era primo hermano mío.

DON JUAN.- Voy a ver a Antofia, pues debo hablar con ella sobre esto... ¡No haberme advertido nada!... Mientras tanto, sé prudente, hija mía; sé prudente... Te casarás con Jorge; pero evita, por ahora, encontrarte con él... No reveles a nadie tu amor, y, sobre todo, trata de ocultarlo de Pedro. Hasta luego. (VASE)

ESCENA ONCEAVA.- IRENE.

IRENE.- ¡Te casarás con Jorge! Estas palabras resuenan en mis oídos de una manera deliciosa. Pero ¿por qué no he de manifestarle mi amor? ¿Es por acaso, un crimen amar a un joven tan cumpli-

do?... Y, sobre todo, me ha dicho mi papá, de  
bo ocultar de mi tío... ¿Por qué?...

ESCENA DOCEAVA.- IRENE - JORGE.

IRENE.- ¡Jorge! ¿Eres tú?

JORGE.- Sí, señorita, yo...

IRENE.- Te he prohibido que me digas señori-  
ta...

JORGE.- ¡Eres adorable, prima mía!

IRENE.- ¡Así es como me gusta!

JORGE.- Iba a hacer una diligencia en el co-  
mercio; y al pasar por la puerta, no pude re-  
sistir a la tentación de verte un momento.

IRENE.- Has hecho bien en venir... ¿Qué dili-  
gencia es esa?

JORGE.- Un encargo de mi patrón... quiero de-  
cir de mi amado padre... Déjame llamarlo así;  
Irene, delante de tí... ¡Tú no sabes, alma  
mía, cuanto es el placer que siento, al de-  
cir: "mi padre"!

IRENE.- Te comprendo... Yo también he careci-

do de mi mamá.

JORGE.- Pero has tenido un buen padre, cuyo nombre llevas, mientras yo... ¡Ah! No quiero acordarme de ese tiempo... Quiero pensar solo en mi presente dicha. Tengo un padre, Irene; y, con tanto cariño he de servirle, que me permitirá llevar su nombre... Ahora soy digno de tí, y puedo esperar...

IRENE.- ¿Por acaso he necesitado saber que eres hijo de mi tío, para amarte?

JORGE.- ¡Querida Irene!

IRENE.- ¿No te lo he dicho con mis miradas, con todas mis acciones, aún antes de saber yo misma que te quería?

JORGE.- ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para merecer tanta dicha? Me parece mentira...

IRENE.- ¡No! no! Es verdad... ¿Qué has hecho? Ser digno de mi cariño.

JORGE.- Lo seré, adorada mía; lo seré! Mi pecho está tan lleno de esperanzas; y trabaja-

ré tanto por merecerte, que al fin habré de conseguirlo. Siento aquí dentro de mi mismo, animo suficiente para escalar una posición digna de tí... Por ahora nada puedo darte... Nada más que mi corazón, que solo por tí ha latido, y que no abrigará otro amor jamás.

IRENE.- ¡Jorge! ¿Tu corazón? ¿Y qué otro tesoro podrías darme, que valiera más para mí? (APARECE DON PEDRO, SIN SER VISTO, POR LA PUERTA DERECHA; Y SE ENCAMINA TIRITANDO DE RABIA, Y COMO CONTENIENDOSE, HACIA LOS INTERLOCUTORES) ¡Te juro, por lo más sagrado, no ser de nadie sino tuya!

ESCENA TRECEAVA.- DON PEDRO - IRENE - JORGE.

DON PEDRO.- ¡Tuya! ¡Tuya!

IRENE.- ¡Mi tío!

JORGE.- ¡Ah! Señor!

DON PEDRO.- ¡Yo me vuelvo loco! (A IRENE) Mujer embustera, veleidosa, desleal, traidora, coqueta, ingrata, que desconociendo mis bene-

ficios...

IRENE.- ¡Tío, por Dios!

DON PEDRO.- ¡No soy tu tío! No quiero ser tío ni nada de la que, halagándome, me ha hundido en el infierno; (A JORGE) Y tú, también, miserable; Traicionando a tu protector? (SE ENCAMINA HACIA EL, AMENAZANDOLO) Vete, vete al momento, pues, de lo contrario, no respondo de mí; (A IRENE, QUE LLORA, SENTADA EN UNA SILLA) ¡Sí! Llorar; Llorar; que aún cuando lloraras lágrimas de hiel, no serían tan amargas como las que, gota a gota, caen sobre mi corazón. ¡Ingrata! Esa silla en que estás sentada, por tí y para tí la compré... Todos estos adornos que yo no necesito, para darte gusto los he comprado... Por tí he hecho sacrificios de que yo mismo me admiro... Te he dado mis sudores, mis fatigas, mi vida... Te he hecho gozar con mis dolores... Y todo ¿para qué?... Para que te rías de mí... (TEMBLANDO Y APOYANDOSE EN UNA SILLA) ¡Oh! ¿Qué

es esto que siento?... No sé lo que tengo...  
Se me va la cabeza... No veo... ¡Yo me muero!  
(SE DESPLOMA CASI EXANIME, SOBRE UNA SILLA).  
IRENE.- ¡Jorge; ¡Un médico; (VA A LA PUERTA IZ  
QUIERDA, Y LLAMA) Nicolasa; Carmen; Vengan,  
pronto; (VASE JORGE CORRIENDO).

-----  
T E L O N  
-----

ACTO TERCERO.- La misma decoración que en el  
segundo acto.-

ESCENA PRIMERA.- IRENE.

IRENE.- ¡Pobre tío de mi alma; El peligro que  
ha corrido su vida me ha tenido fuera de mí...  
Mis zalamerías, sin duda, le hicieron creer  
que mi cariño iba más allá que el de sobrina...  
No hay duda de que me amaba de veras, cuando  
tanta impresión le hizo el ver que yo estaba  
prendada de Jorge... ¡Cinco semanas en cama;

Tal vez un joven no habría sentido tanto el de sengaño, mayormente ahora, que, según dice Antofita, nadie se muere de amor. Por fortuna, ya ha comenzado a restablecerse; y yo lo cuida ré tanto, que le haré olvidar el sentimiento que involuntariamente le causé. Pero ¿olvidará él esto hasta el punto de mirar con buenos ojos mi matrimonio con Jorge?

ESCENA SEGUNDA.- IRENE - ANTONIA, (VESTIDA DE LEGO FRANCISCANO).

IRENE.- ¡Antofita; ¿Se levantó mi tío? ¿Cómo ha amanecido?

ANTONIA.- Muy bien, hijita, gracias a Dios. Le llevé el chocolate a la cama; y, en cuanto lo tomó, me dijo: "Me siento otro, hermano Pablo... Ahora sí que tengo fuerzas para levantarme". Lo he dejado vistiéndose.

IRENE.- ¡Ah; Cuánto le tenemos que agradecerle a usted, Antofita;

ANTONIA.- No digas eso, Irene.

IRENE.- ¡Trasnochar tres semanas seguidas! Si no hubiera sido por usted...

ANTONIA.- Después de Dios, hijita... Eso y más estaré siempre dispuesta a hacer por tu tío.

No te acuerdes de eso, Irene. Ya sabes que, en cuanto él cayó a la cama, yo misma forme el proyecto de disfrazarme con estos hábitos, para venir a cuidarlo. Ahora es cuando he conocido que mi amor no se ha entibiado, ni se enfriará jamás, a pesar de haber sufrido tantos años de desprecio (LLORA)

IRENE.- (CONSOLANDOLA) ¡Ah! No llore usted, por Dios! En cuanto mi tío se restablezca por completo, yo se lo diré todo.

ANTONIA.- No, Irene, no; Nada le digas... He sufrido su desprecio, considerándolo como un castigo del cielo, por mi falta. Tú no sabes, hija mía, cuan culpable fui, con faltar a mis deberes. Mi madre murió de pena, cuando supo mi desgracia; y yo entonces traté de ocultar

mi vergüenza. No me quedó más amparo que el de mi hermano Sebastián, un hijo del primer matrimonio de mi padre; pero mi pobre hermano podía hacer bien poco por mí, pues, además de su pobreza, se hallaba entonces perseguido por el Gobierno, a consecuencia de haberse metido en una revolución. Casi me morí... Pero Dios tuvo compasión de mí; y la vista de mi hijo, me daba ánimo y fuerzas para trabajar. Me hice lavandera; y con esto, he atendido a la educación de Jorge. ¿No es verdad que mi Jorge es un mozo cumplido?

IRENE.- Sí, Antoñita. Pocos jóvenes habrá en Santiago, de igual mérito a mi primo,

ANTONIA.- ¿Tu primo, dices? ¡Gracias, hijita!

(LA BRAZA).

IRENE.- ¿Y por qué había de negarlo? Estoy orgullosa de un pariente, cuyo buen corazón y nobles sentimientos conozco.

ANTONIA.- ¡Alma mía! No sabes tú cuánto bien

me hacen tus palabras. ¡Eres muy buena, Irene!

IRENE.- Sobrina quiero que usted me llame.

ANTONIA.- ¡Sí! Sobrina, hija mía!

IRENE.- Dice usted bien, Antoñita... Soy su hi  
ja. Amo a Jorge, y tengo la dicha de saber que  
él también me ama.

ANTONIA.- Me haces muy feliz, Irene. ¿Qué son  
mis pasadas desgracias comparadas con esta di-  
cha de ver a mi hijo amado por una niña como  
tú? Mira: cuando alguna persona distingue a mi  
Jorge, me dan ganas de acercarme a ella, y de-  
cirle: Usted estima a mi hijo; dígame ¿en qué  
puedo yo servir a usted?

IRENE.- ¡Pero, si es tan digno de ser amado!

ANTONIA.- Dios te lo pague, tienes razón, hiji  
ta,, tan noble, tan bueno, tan atento y cari-  
ñoso con su madre... Es mi alhaja, mi tesoro,  
Irene! Todas mis aspiraciones se han reducido  
a hacer que su padre llegue a amarlo; aún sin  
conocerlo como hijo; que después... Por eso

fue que sin decirle a él quién era su padre, conseguí, por conducto de una amiga mía, que Pedro lo admitiera como dependiente.

IRENE.- Yo creo que mi tío lo estima; y cuando sepa cuan bien se ha conducido, mientras ha regentado el negocio, lo querrá más. Con todo, creo que, después de lo que ha pasado, se opondrá a mi matrimonio con Jorge.

ANTONIA.- Dios obrará hija mía... Esperemoslo todo de su bondad. Voy a ver si Pedro se ha acabado de vestir. Me dijo que quería pasar a esta pieza.

IRENE.- Está bien, Antoñita. Traigalo aquí.. Pero lo que no alcanzo a comprender es cómo él no ha conocido que usted está disfrazada.

ANTONIA.- Ya ves tu como he aprendido a llevar el hábito de San Francisco. Y luego estas manchas que son a propósito; he cubierto mi cara, con un lunar en la mejilla hecho con pez... Estoy irreconocible, mayormente para él, que es

medio cegatón... Cierto es que, a veces se me olvidaba cambiar la voz; y entonces él me miraba con unos ojos, que... Una de estas noches, me preguntó si yo tenía una hermana. Le contesté que no; y entonces él insistió en preguntarme si entre mis parientes, había alguna niña de nombre Antonia.

IRENE.- ¿Sospechará algo?

ANTONIA.- Es el metal de mi voz, que no siempre he podido variar, lo que talvez le ha dado por sospechar. Yo le dije que ~~era~~ peruano, y que toda mi familia residía en Lima. El se calló, dando un suspiro, que me llegó al alma, y no volvió a tocar más el asunto. Esa noche lo pasó en un continuo delirio, y lo oí pronunciar mi nombre repetidas veces.

IRENE.- Claro está, que la ama todavía.

ANTONIA.- Eso solamente Dios lo sabe.

IRENE.- Ahora dígame: ¿Sabe usted el objeto de este repentino viaje de mi padre a Rancagua?

ANTONIA.- Presumo que haya ido a buscar a mi hermano.

IRENE.- Yo recibí ayer una carta de él, en la que me dice que hoy llegará... (SE OYE ADENTRO LA VOZ DE DON PEDRO, QUE DICE: Fray Pablo; Her<sup>ma</sup>no Pablo;).

ANTONIA.- Me llama. Voy allá. (VASE)

ESCENA TERCERA.- IRENE.

IRENE.- Este viaje de mi papá, tan repentino; ¿A qué habrá ido a Rancagua? Pero alguien ha llegado al patio... ¿Sí será él? (ASOMANDOSE)  
¡El es! Papacito; Bien dicen que cuando una se acuerda del Rey de Roma...

ESCENA CUARTA.- IRENE - DON JUAN.

DON JUAN.- ¡Luego asoma; ¿Con que te acordabas de mí?

IRENE.- ¡Y me lo pregunta usted; ¿A qué vino eso de dejarnos solos tan de repente?

DON JUAN.- He tenido que buscar a un hombre, hija mía, y lo he encontrado.

IRENE.- Es decir que usted ha sido más feliz que Diógenes.

DON JUAN.- Mucho más; Encontré mi hombre, sin tener que encender lámpara a medio día.

IRENE.- ¿Y qué hombre es ese?

DON JUAN.- Uno que necesitamos aquí mucho. Lo he dejado en casa de Antonia; y yo he venido a ver si conviene que se presente. ¿Cómo está Pedro?

IRENE.- Ha amanecido hoy muy bien, papá.

DON JUAN.- ¿Ha conocido el engaño?

IRENE.- No, papá. Luego ha de venir aquí con Antoñita, que todavía está vestida de lego franciscano.

DON JUAN.- ¡Ja! ja! ja! ¡Fray Pablo! Voy a verlo. (AL QUERER SALIR, SE ENCUENTRA CON DON PEDRO, QUE VIENE LENTAMENTE, SOSTENIDO POR ANTONIA).

ESCENA QUINTA.- DICHOS: DON PEDRO - ANTONIA.

DON JUAN.- Pedro! ¡Qué guapo te veo, hermano

mío;

IRENE.- ¿Cómo se siente usted, tío?

DON PEDRO.- Me siento bien, gracias a Dios. Yo creo venir de vuelta del otro mundo. (A DON JUAN) ¿Has andado a caballo, Juan? Te veo con espuelas.

DON JUAN.- Acabo de llegar de Rancagua; y he galopado de lo lindo, para llegar pronto, porque te traigo una buena noticia.

DON PEDRO.- ¿A mí?

DON JUAN.- Sí, Pedro, prepárate para recibir un gustazo. (A ANTONIA) Y usted fray Pablo, ¿cómo lo pasa?

ANTONIA.- Muy bien, a Dios gracias.

DON PEDRO.- (APARTE A DON JUAN: Es un santo hombre;... ¡Un Santo;)

DON JUAN.- Ya lo sé;

DON PEDRO.- Si no hubiera sido por sus cuidados... ¡Vaya! No tengo con que pagarle a mi buen amigo el padre Cáceres, que me mandó a

fray Pablo... Pero ¿que gustazo es ese de que me hablabas?

DON JUAN.- Luego lo sabrás. Después de galopar sin descanso, de Seca en Meca, he dado por fin con uno de tus deudores...

DON PEDRO.- Tengo tantos; Hay muchos que se me han alzado con el santo y la limosna.

DON JUAN.- Pero este, lejos de estar alzado, viene él mismo a pagarte...

DON PEDRO.- ¡Santa palabra! ¿En dónde está?

DON JUAN.- Luego te lo traeré: pero ya te digo que te prepares...

DON PEDRO.- Para recibir lo que se me debe, es toy siempre muy preparado. ¡Ojalá todos mis acreedores fuesen tan cristianos como éste!

DON JUAN.- Y además quiere ser tu amigo.

DON PEDRO.- Desde que trata de pagarme, puede contar con mi amistad.

DON JUAN.- Y te pagaré todo, con sus respectivos intereses.

DON PEDRO.- Entonces ya comienzo a quererlo.

Ve a buscarlo, Juan.

DON JUAN.- Voy allá. (VASE, Y ANTONIA LO SIGUE)

ESCENA SEXTA.- DON PEDRO - IRENE.

IRENE.- ¿Qué desea tomar, tito?

DON PEDRO.- No me digas así, Irene... No quiero acordarme...

IRENE.- ¿Entonces no me permite quererlo?

DON PEDRO.- ¿Digo yo eso? No, hijita... Ahora, no sé porque he menester, más que antes, de que alguien me quiera. Te aseguro que si un deber no obligara a este bueno de fray Pablo a residir en un convento, le propondría que se viniera a vivir conmigo.

IRENE.- ¡Es tan bueno!

DON PEDRO.- Es más que bueno... Es santo... No se ha separado un momento de mi cabecera. Ha soportado, con admirable paciencia, mis genialidades de enfermo... He tenido sueños terribles; y yo no sé qué habría sido de mí, si al

despertar me hubiese encontrado solo... Pero no era así... porque, al volver de aquel mundo de ilusiones forjadas por la fiebre, me encontraba con la cariñosa sonrisa de fray Pablo... Dormía sentado sin desvestirse; y en balde le rogaba yo que se recostase... ¡Ah; Sobrina mía; Yo no tengo con qué pagarle a este santo hombre;

IRENE.- No hable usted de eso... El mismo me ha dicho que no lo hace tales servicios por dinero...

DON PEDRO.- ¿Eso ha dicho?

IRENE.- No recibirá nada.

DON PEDRO.- ¡Santo Dios; Ese hombre es adorable; Que no recibirá nada por sus trasnochadas y sacrificios? Merece ser querido;... ¡Canonizado, merece ser; ¡Sí; Vénganme ahora con los Santos del Año Cristiano y qué sé yo... ¡Este sí que es Santo; Pero por más divino que sea, es menester darle para cigarros, pues el abad

de donde yanta...

IRENE.- Ya le digo que no recibirá...

DON PEDRO.- Pero eso no puede ser... Tú misma le harás un regalito, diciéndole que si yo no estuviera tan atrasado... Dios mío; Y luego esas cuentas del médico y de la botica que habré de pagar... Aquella mesa está llena de botellas y frascos, y... Dime ¿han llevado cuenta de las visitas del médico?

IRENE.- No, tío; pero...

DON PEDRO.- ¡Oh! Eso no está bien; Es preciso arreglo en todo, pues, de lo contrario... Quiero ver como marcha el negocio... Voy a la tienda...

IRENE.- No se moleste tío... Yo llamaré a Jorge. (TIRA EL CORDON DE LA CAMPANILLA)

DON PEDRO.- ¿Qué es eso?

IRENE.- He llamado con la campanilla...

DON PEDRO.- ¡Cómo; ¿han puesto campanilla?

IRENE.- Es más cómodo, tío.

DON PEDRO.- Sí, más cómodo; pero más costoso.  
Ese es un gasto inútil; y los tiempos no están  
para arrojar el dinero a la calle.

ESCENA SEPTIMA.- DICHOS - JORGE.

JORGE.- La campanilla ha sonado; y vengo a...

¿Cómo está usted, señor?

DON PEDRO.- Me voy mejorando poco a poco... ¿Y  
tú? ¿Cómo ha ido la venta, durante mi enferme-  
dad?

JORGE.- Muy bien, señor.

DON PEDRO.- Veamos el libro.

IRENE.- Tranquilícese usted. Después verá eso.

DON PEDRO.- Quiero verlo luego... Tráeme el cua-  
derno de apuntes, Jorge.

JORGE.- Voy, señor. (VASE)

ESCENA OCTAVA.- DON PEDRO - IRENE.

DON PEDRO.- Temo que aquello esté como madeja  
sin cuerda.

IRENE.- No, tío... Jorge es un joven intelligen-  
te, que...

DON PEDRO.- ¡Buena defensora tiene Jorge, en tí; (APARTE: ¡Lo que siento es no poder despedirlo, por ahora!)

IRENE.- Yo no hago más que repetir lo que todos dicen de su dependiente.

DON PEDRO.- ¡Todo el mundo! Ese señor todo el mundo es un caballero con quien tratamos siempre de testificar todo cuanto queremos hacer creer a los demás.

ESCENA NOVENA.- DICHOS - JORGE (TRAE 2 LIBROS)

DON PEDRO.- ¿Qué libros son esos? Te he dicho los cuadernos de apuntes.

JORGE.- Estos son, señor.

DON PEDRO.- ¿Y con qué orden has comprado estos libros de lujo, que...

JORGE.- Voy a explicar a usted...

DON PEDRO.- ¡Este es un abuso inexplicable!... Como tú no haces el gasto...

JORGE.- Los he comprado con mi sueldo...

DON PEDRO.- Está bien: pero aún así no me gus-

ta el desparpajo... Yo debo irte a la mano, cuando hagas gastos inútiles... Mi deber es en señarte a vivir en el mundo... Ahora vete, que no es bueno que aquello quede solo.

JORGE.- Está el dependiente en la tienda...

DON PEDRO.- ¿Dependiente?

JORGE.- Me he visto en la necesidad de tomar uno que me ayude.

DON PEDRO.- Pero ¿no bastabas tú? ¿Quieres arruinarme?

JORGE.- Al contrario, señor... Era preciso dejar la tienda en manos de un buen dependiente, mientras yo iba a Valparaíso...

DON PEDRO.- ¿A Valparaíso? ¿Y qué diablos tenías que hacer allá?

IRENE.- Déjelo hablar, tío, y verá cómo Jorge se ha conducido...

DON PEDRO.- Siempre defendiendo a... Déjanos solos, sobrina. (VASE IRENE)

ESCENA DECIMA.- DON PEDRO - JORGE.

JORGE.- Oígame, señor, un momento.

DON PEDRO.- Vamos a ver. Te escucho.

JORGE.- Viendo yo que no convenía comprar en Santiago algunos artículos, he ido a buscarlos a Valparaíso.

DON PEDRO.- ¿Y?

JORGE.- Y he traído buenas cantidades de azúcar y de yerba, que aquí he despachado con muy buen provecho.

DON PEDRO.- ¿De veras?

JORGE.- En el último viaje, nos juntamos tres amigos, y compramos un cargamento de añil...

DON PEDRO.- ¡Jesucristo! Y cabrá en la tienda ese cargamento?

JORGE.- Antes de llegar a Santiago yo, ya nuestro dependiente había tratado más de la mitad.

DON PEDRO.- ¿Y después?

JORGE.- Después se ha vendido el resto, dejando un provecho de más de un veinte por ciento.

DON PEDRO.- ¡Por Dios! ¿Será verdad?

JORGE.- Vea usted el libro (LO ABRE); Mire usted... Aquí está la venta de la primera semana, cuando usted cayó enfermo.

DON PEDRO.- Sí; ya veo. Suma mil trescientos quince pesos siete reales y un cuatillo... La semana siguiente es de tres mil ciento cuarenta... Y la otra sube de seis mil;

JORGE.- Vea la cuarta semana.

DON PEDRO.- (LEYENDO) Nueve mil seiscientos treinta y cinco pesos, dos reales... ¡Portentoso! Y la que sigue suma más de once mil...

¡Santa María! (APARTE: ¡Este muchacho vale más que el Santo lego!) Es decir, que hay en caja...

JORGE.- Veintidos mil seiscientos pesos...

DON PEDRO.- ¿Y la tienda?

JORGE.- Está llena de mercaderías.

DON PEDRO.- ¡Mejor que mejor! Pues entonces, a saldar pronto todas las cuentas que debemos, para ahorrar intereses.

JORGE.- Están pagadas todas las cuentas. Aquí

tiene usted los pagarés cancelados.

DON PEDRO.- ¡Esto es delicioso! Todas las cuentas canceladas... De modo que sólo quedan las del médico y la botica...

JORGE.- También está pagado todo eso, señor. La casa no debe nada.

DON PEDRO.- ¡No debe nada!... Y hay más de veintidos mil pesos en caja... y la tienda repleta de mercaderías... ¿Estoy soñando? (MIRA DE HITO EN HITO A JORGE) Díme, hombre ¿quién eres tú?

JORGE.- Yo soy Jorge, señor don Pedro... Soy su servidor...

DON PEDRO.- ¡No! ¡No! Ja! ja! ja! jaá!; Tú no eres Jorge a secas. Tú, desde ahora eres Don Jorge... Tú no mereces ser mi servidor, sino mi patrón... ¡Ja! ja! ja! jaá!... ¡Qué tesoro de muchacho! Perdóname esas palabras que te dije...

JORGE.- Al contrario, señor; es usted el que ha de perdonarme que yo haya expuesto talvez sus capitales...

DON PEDRO.- No, hijo mío, no; Porque, como dice mi reverendo lego el padre Cáceres: "finis coronat opus", que, según se me ocurre, significa que, en ganando, está coronada la obra... Ven acá... Dáme un abrazo (JORGE LO ABRAZA) Mi

ra, hombre; Te quiero como si fueras hijo mío; JORGE.- (CONMOVIDO) ¡Ah; señor; Yo también...

DON PEDRO.- Pero ya que no soy tu padre seré tu tío... ¡Irene; ¡Sobrina; ¿Qué se ha hecho esta muchacha? ¡Ven acá;... ¡Veintidos mil pesitos, y la tienda llena;... ¡Ven, Irene;

ESCENA ONCEAVA.- DICHOS e IRENE.

IRENE.- Aquí estoy, tío.

DON PEDRO.- Ven a darle un abrazo a tu Jorge.

JORGE.- ¡Gran Dios;

IRENE.- Tío, por Dios; ¿Qué es esto?

DON PEDRO.- Una mujer debe abrazar a su marido... Porque Jorge es tuyo... Yo quiero que te cases con él... (A JORGE) Y tú, hombre; ¿Qué haces ahí, como estaferno que no abrazas a tu

mujercita?... ¡Acérquense aquí!... Aquí!

IRENE.- (ACERCANDOSE A DON PEDRO) ¿Será verdad?

JORGE.- (SIGUIENDO A IRENE) ¡No sé lo que me pasa!

DON PEDRO.- (ABARCANDO ENTRE SUS BRAZOS A LOS DOS JOVENES, LOS REUNE) ¡Así me gusta! ¡Así! Yo quiero que los dos vivan aquí conmigo: Irene de dueña de casa, y Jorge, a cargo del negocio... ¡No es nada! ¡Veintidos mil pesos, y todas las deudas canceladas, y la tienda llena, de yapa!... ¡Es cosa de llorar de risa!

ESCENA DOCEAVA.- DON PEDRO - IRENE - JORGE  
DON JUAN - SEBASTIAN (TRAE LA CABEZA ATADA CON UN GRAN PAÑUELO)

DON JUAN.- Aquí tienes al deudor, Pedro!

DON PEDRO.- ¿EL deudor?... Yo no conozco al señor. ¿Qué es lo que usted me debe?

SEBASTIAN.- La tranquilidad, señor don Pedro, que yo le quité, sin saberlo.

DON PEDRO.- Es decir, que usted viene a pagar en dinero esa tranquilidad que...

SEBASTIAN.- Vengo a devolvérsela, señor mío.

DON PEDRO.- ¡Pues estamos frescos! Yo creía que me traía sonante.

DON JUAN.- Es mejor que dinero sonante lo que te trae, hombre!

DON PEDRO.- ¿Mejor? Mucho lo dudo.

DON JUAN.- Oye y verás; pero no te sorprendas.

DON PEDRO.- Este es el día de las sorpresas.

¡Ojalá fuese como la que me acaba de dar Jorge!

JORGE.- La que usted me ha dado vale más señor!

IRENE.- Yo, por mí, digo lo mismo. (APARTE A JORGE) ¡Cuánto te amo!

JORGE.- (APARTE A IRENE) Y yo, Irene, no tengo palabras con que expresarte mis sentimientos.

DON PEDRO.- Veamos ahora lo que el señor tiene que decirme.

SEBASTIAN.- Yo, señor don Pedro, soy Sebastián Pereda...

DON PEDRO.- ¿Pereda?

SEBASTIAN.- Hijo de don José Pereda...

DON PEDRO.- ¡Ah! Don José. Sólo tenía una hija.

SEBASTIAN.- Mi hermana Antonia era del segundo matrimonio de mi padre, y yo, del primero. (SE QUITA EL PAÑUELO DE LA CARA)

DON PEDRO.- ¡Es el mismo! ¿Usted es hermano de Antonia?

SEBASTIAN.- Medio hermano, señor.

DON PEDRO.- No me diga más...

SEBASTIAN.- Ahora solamente he venido a saber que fue usted quien me sujetó de la manta, a tiempo de subir yo sobre la tapia de la huerta...

DON PEDRO.- ¡Dios mío! ¡Y yo he sido capaz de dudar de ella!

DON JUAN.- Ya ves, hermano mío, que has sido injusto con Antonia, que merece ser querida y respetada, pues, a pesar de la pobreza en que la hundió su mala suerte, ha podido criar y educar bien a tu hijo.

DON PEDRO.- ¡Ah! ¡Mi hijo!

DON JUAN.- Tu hijo, Pedro, del cual estarías orgulloso, si lo vieras;

DON PEDRO.- ¡Hermano mío! ¡Quiero ver a mi hijo!... Quiero ver a Antonia... Ve a buscarla, para que me perdone...

ESCENA TRECEAVA.- DICHOS - ANTONIA VESTIDA, COMO ANTES, DE LEGO FRANCISCO.

ANTONIA.- ¡Aquí me tienes, Pedro! Ya no me acuerdo de nada.

DON PEDRO.- ¡Fray Pablo!

DON JUAN.- Es tu esposa, hombre; que, deseosa de cuidarte, en tu enfermedad, se ha disfrazado...

DON PEDRO.- ¡Ah!

ANTONIA.- (SE QUITA EL DISFRAZ) ¡Me conoces ahora?

DON PEDRO.- ¡Sí, te conozco, alma mía!... Mejor dicho, te he conocido, desde muchos días ha... Yo no sabía qué pensar; pero cada vez que te oía hablar, me llegaban tus palabras has

ta el corazón... ¡Ah! tú has sido mi ángel!...  
¿Me perdonas?

ANTONIA.- No hablemos de eso...

DON PEDRO.- ¡Sí! Hablemos; Hablaremos de mi hi  
jo; De nuestro hijo, Antonia... ¿Cómo se lla-  
ma?... ¿En dónde está? ¿Por qué no lo trajiste,  
Antonia?

ANTONIA.- Aquí lo tienes... ¡Jorge! ven a abra-  
zar a tu padre;

DON PEDRO.- ¡Jorge!... Eras tú?... ¡Abrazame!  
(JORGE LO ABERAZA) ¡Más fuerte, hombre; ¡Más  
fuerte! (A SEBASTIAN) Amigo mío; Hermano mío;  
Esto se llama pagar en regla... ¡No he tenido  
en mi vida un día como este; Juan, hermano mío,  
te pido la mano de tu hija Irene, para mi señor  
hijo, don Jorge de Pimentel y Pereda.

DON JUAN.- ¡Concedido;

DON PEDRO.- (APARTE: ¡No es nada; La caja lle-  
na, las deudas canceladas, la tienda repleta,  
mi Antonia que es una Santa, y mi hijo una al-

haja!) ¡Jorge!... ¡No! Señor don Jorge! honre-  
me usted con otro abrazo! (LO ABRAZA)

DON JUAN.- Pero, hermano mío, ¿no habrá más  
que una boda?

DON PEDRO.- Habrá dos bodas. ¡Sí, señor! ¡Yo  
también me casaré!

DON JUAN.- ¡Bravísimo! ¡Vivan los novios y los  
padrinos! Habrá dos bodas, y dos convites, y  
dos bailes, y dos...

DON PEDRO.- ¿Qué dices, hombre?

DON JUAN.- Que todo ha de ser doble, desde el  
pavo mechado hasta el mosto de Concepción, sin  
olvidar el buen Champaña... ¡Todo por duplica-  
do!

DON PEDRO.- Ya te volviste loco, Juan! Atiende  
a que...

DON JUAN.- Nada tienes que advertirme, herma-  
no, pues yo me lo valgo para estos asuntos...  
¡Todo ha de ser doble!... ¡Ojalá pueda conse-  
guir con el cura que se ponga dos capas de coro!

DON PEDRO.- ¡Juan, por la Virgen!

DON JUAN.- Déjalo a mi cuidado... Habrá campamento y repiqueteo hasta ensordecer... ¡Voy a dar mis ordenes! (SE DIRIGE HACIA LA PUERTA DEL FONDO)

DON PEDRO.- ¡Oye, hombre de Dios!... Pero no mucha. (A ANTONIA) Ahora eres tú, hijita, la dueña de casa; y tu obligación es cuidar lo que tenemos... No le hagas caso a Juan, porque es un loco de atar... (BAJANDO LA VOZ) ¡Cuida, Antonia, de que no se gaste nada inutilmente, y te querré mucho!

C A E E L T E L O N

---